

INDAGACIÓN Y MANUSCRITOS SOBRE YECLA

A don Miguel Ortuño

No creo que Yecla sea un pueblo “terrible” como se ha dicho. O si lo es, también es cierto que no es un caso aislado. ¿Se le ha visto con ojos demasiado severos? Es cierto que hay pueblos más felices. Pero conozco pueblos mucho peores que Yecla. Tienen la fortuna de no haber sido “vistos”. O la desgracia.

De los escritos yeclanos del Pintor

Cuando inició aquel breve viaje sentimental, no sabía exactamente qué quería recuperar, ni tampoco exactamente qué se encontraría. En cierto modo, era una investigación, lejos de lo académico, cerca de lo personal. “Vete por los pueblos”, decía siempre el Pintor. Lo decía en el sentido de no tomar nunca las carreteras principales, ni las grandes autovías, sino los modestos caminos en los que necesariamente hay que pasar por los pueblos. Nunca indagó si el Pintor lo decía en un sentido literal solamente, o si en su frase había un consejo vital, un concepto acerca de la necesidad de “ir por los pueblos” para un aprendizaje ético y estético. Entonces, cuando ya había muerto el Pintor, ella se fue “por los pueblos”, a una ciudad, Yecla, marcada de antiguo por una controversia de terribilidad. Cosa de escritores. Cosa de escritores reformistas y disconformes con los pueblos de cabreros y aceituneros, con los pueblos levíticos, con los pueblos profundos, secos, de este país. Así los nombraron, porque los conocieron pasando una muy mala época. Ella, no sólo había leído aquello que los escritores habían dicho sobre la ciudad, también había hablado con el Director Bibliotecario. “Estamos en el limes”, le dijo. Lejano pueblo, y el adjetivo se añadía a todos los anteriores, con un rumor de espadas bárbaras y un alejamiento de la gran urbe que le daba cierto aire de tierra de nadie y tierra de todos, tierra disputada, gente fronteriza y de lance.

Sin embargo, ¿de dónde venía aquel sentimiento profundo de que si alguna vez hubo un paraíso, estaría allí? Un remoto, remotísimo, sentimiento de que allí, en el limes, en la Yécora terrible de los escritores, se quedó la felicidad como barco encallado en los inmensos llanos de trigo. “Ya no será lo mismo”, ése fue su pensamiento cuando el coche de línea dejó la autovía y entró en la carretera. Sonaba en el aparatillo de música una canción de Richard Strauss, “Homenaje”. Muy a propósito. El día era bueno, invernalmente bueno, con un atisbo de primavera, aún lejana, en los brotes apenas visibles de los árboles sin hoja. Discurría el camino entre colinas y sembrados; una casa aquí, ocre, sombreada, con aperos de labranza a un costado; un casalicio desordenado y casi en abandono allá; una hilera de cipreses que demarcaban una pequeña finca; unos plásticos transparentes, como gasas, rasgados por el viento, sobre tierras rojizas. Realmente, un pueblo lejano, en el limes. Pero el sentir de estar acercándose metro a metro a una felicidad perdida se mantenía. Y con el triste homenaje de la canción de Strauss, el día parecía ir aborascándose.

Clasificando, por orden. Recuerdos, fotos, pinturas, dibujos, nombres. Hotel Avenida. Luis Picó, Roberto. El teatro, don Juan Tenorio. Koki. Un parque de altos árboles, cuyos troncos atemorizan a las niñas. Un colegio donde estudió Azorín, que tanto habló de Yecla. La boda de Koki. Don Miguel Ortuño, y su esposa, doña Carmen Ortiz. El Pintor. Pinta el Pintor la bóveda de la Basílica. Soliloquios del Pintor. Don Eliso, qué nombre para un juez. María Luisa. Una foto donde una niña tenía los días contados y otra, sonriendo a las palomas, no sabía nada de la muerte. Una madre joven. Por la mañana, una mañana de domingo, se crea una vez más el mito de la Caverna. El filo de luz que entra por las contraventanas entreabiertas, dibuja en el techo sombras de linterna mágica: un burro con sus alforjas, un campesino, un padre con su hija, un hijo con su padre, una vieja que sube a sus rezos. Don Mariano Yago. Una gota de café en el azucarero. El chico no permite que se vea su tren eléctrico, instalado con todo su paisaje en una gran mesa de comedor. No es el de Yecla; es un paisaje ideal, de cartón pintado, pero más real que ningún otro en la mirada del niño. Animales en el patio. Enaguas almidonadas. El cine. “El mayor espectáculo del mundo”. “Oh, mi papá”. Preciosa canción olvidada ya. Alejandro se asusta del Comendador. Tiene la cara blanca de aparición de ultratumba. Es el Pintor que hace también teatro. Entierran a una criatura en una caja blanca al son de una campanilla. José se toma un trago de insecticida. Pilar en su cuna. Se va devanando la madeja. No puede haber orden. Ella desiste de la acumulación de recuerdos, fotos, nombres, dibujos, pinturas, que no puede ordenar. Va a Yecla para intuir si habría otro orden posible que no fuera tan académico, tan de fechas y sucesos, un orden fuera de la historia. El orden del paraíso.

“Yo te llevaba al mercado y, para hacer mis cosas, te dejaba sentada en un cesto de coles. A todo el mundo le echabas una risa. Estabas allí tan feliz”. Dijo eso Luis, cincuenta años después. Había fotografía que daba fe de esa felicidad de la niña en pañales y el sonriente joven que la llevaba en brazos al mercado para dejarla sobre un cesto de fresco verdor. Quizás el paraíso sea un simple cesto de coles en un mercado. Era el año 1953. El Pintor había ido una primera vez a Yecla. Tenía que hablar de un gran encargo. Una enorme cúpula en un gran templo sin terminar. Le dio tal angustia, que se volvió a la capital y expresó su huida como la de alguien que sabe que va a caer en una trampa.

Cuando llegué a ella por primera vez sentí estar cogido en los cepos de una trampa y huí. El párroco de la Basílica no comprendió a otro día por qué había escapado yo tan precipitadamente, casi sin hablar con él. Tuve miedo de este pueblo.

Llevaba en la maleta todas las palabras de los escritores. Yécora, pueblo levítico. Le pesaba la maleta de tantas palabras. Gente del 98 a la que le dolía España y veía en sus pueblos de los limes todo el negror del que su cosmopolitismo quería huir. Se volvió presuroso el Pintor. Pero regresó y llegó a sus acuerdos. Comenzó las pinturas. Había un alto andamio al que no se podía acceder desde abajo, tan alta era la bóveda que tenía que pintar. Para llegar hasta allí, subía al tejado de la Basílica, entraba por un vano, subía una escalera de caracol, enroscada como una cuerda retorcida sobre sí misma, y llegaba al andamio. A veces no trabajaba, con la inquietud de que eso era perder dinero. Tenía soliloquios, mientras contemplaba el mundo desde arriba, las gentes diminutas, los campos y sembrados, rodeando la ciudad en todas las direcciones, las carreteras que salían a los cuatro puntos cardinales, la de Caudete, la de Villena, los caminos que trepan hasta el Castillo, los pinos jóvenes, los olivos viejos, las palomas que revoloteaban por la cúpula. Pensaba en su niña. Querría subirla allí. ¿Para qué, si era tan pequeña? Estaría con Luis en el mercado, sentada en un cesto de coles, formando en su inconsciencia la imagen de la perfecta felicidad que la acompañará, también inconscientemente, toda su vida. Mientras, el Pintor, iba a su trabajo, a luchar con los santos, las vírgenes, los mártires, los obispos, las viudas, los profetas y los frailes mayores y menores. Qué lucha. El cielo pintado era una fantasmagoría. El cielo al aire libre, el cielo de Yecla, era la belleza, sin los santos con sus heridas y con sus éxtasis. Eso lo sentía como un fracaso, y en sus palabras sacadas de la maleta noventaiochista, Yecla era el pueblo de los fracasos, así que se comparecía con el propio. Si era así, si el cielo sobre Yecla hacía fracasar el cielo representado, entonces era que se habían equivocado los escritores.

Quiero subir cerca de la cúpula, a su sombra. Vamos. Hermosa mañana. ¡Cuánta piedra, Señor! Esta iglesia es fuerte y hermosa aunque sin acabar. Todo está dorado. Todo el pueblo dorado. No, dorado no, color rosa. En el cielo apenas unas nubecillas también rosadas, rosadas, rosadas. La escalera de caracol, retorcida, como una cuerda, alrededor de ella misma. La linterna apenas alumbra. El esqueletillo de la salamanquesa, ahí mismo. Ahí hasta que un niño se lo lleve para asustar a las niñas. La torre, las palomas. ¿Cómo quedan palomas después de comer tantas el campanero? El campanero y también Ignacio; y Cayetano. Las cogerán Dios sabe cómo. Pobre, una se espanta de mí y llena el campanario con el tableteo de sus alas. Verdaderamente si no hubiera barandas sobre esta archivolta no pasaría yo por ella. Airecillo más hermoso. Hermoso airecillo. Y cuando esté en el lomo del tejado dará con más fuerza. ¡Tan pequeño desde aquí don Pascual, tan gordo desde abajo! Allí la ventana de la casa en que estamos hospedados. Mi nenilla, si me viera, ni me conocería. ¿Cómo? Airecillo. La subiría. De muy buena gana la subiría. Tendré cuidado. Si cayere... Qué pequeñas las casas, qué pequeño todo. Todo pequeño y la iglesia grande; es muy grande esta iglesia... ¿Cómo no está lleno esto de gente sentada mirando el paisaje? En realidad, estas hermosas perspectivas las conocen tan sólo algunos ojos, los del muchacho que ha subido con un tirachinas, tras de los pájaros, los del albañil que ha remendado las tejas... Un electricista también. Pero quizá el paisaje se les ha metido dentro sin que ellos lo noten, sin querer ellos. Yo me siento aquí, bajo los grandes

ventanales y lío un cigarro. Fumo mientras miro a todos lados pausadamente, sin prisa alguna. He robado la mañana al trabajo y ya no hay que pensar en todo aquello. Muchas mañanas de estas me harán perder dinero. Bueno, y qué. En el andamio pinto un cielo que no es éste, ni mucho menos. Un cielo lleno de santos con los que lucho. Este cielo está lleno de golondrinas. Las golondrinas, qué enmarañados caminos trazan una tras otra y otra. Oigo sólo a las golondrinas. Aquellos albañiles que levantan un tejado se dicen cosas que no entiendo. Las gentes van arriba y abajo pesadas, lentas. Ahora pasa un cura, don Pablo. Los hombres hemos necesitado mucho tiempo para volar y no volamos como las golondrinas. Ni volaremos. ¡Qué torpe el hombre! Cuando Nijinsky daba aquellos saltos en el escenario... ¿cuatro metros?... ¿menos? Yo me figuro a la gente comentándolo asombrada. “Cuánta belleza. Parecía un pájaro...” Si un hombre hiciera, por lo menos, lo que esta golondrina hace en ese recodo, ondulando ligera, grácil, sin rozar una teja ni un vidrio... y no con un fin artístico sino para atrapar unas moscas. Por allá va un hombre corriendo: salta y parece que unos hilos le tuviesen sujeto al suelo; poderosos hilos elásticos que, cuando deja alzar un pie, tiran fuertemente del otro.

Dijo el Director Bibliotecario: “Hubo fama de que aquí se suicidaba la gente más que en otros lugares”. Hacía tal viento en la subida desde la calle San Pascual hacia la Basílica, que ella le dijo que no le extrañaba nada de aquella fama, que había pensado suicidarse agarrada a una farola en una esquina de la Basílica, pero que el no dar la razón al dicho popular, desmentido por varias estadísticas, la había disuadido de ello. Rió el Director Bibliotecario de la broma. Tiene nombre de procónsul romano en el limes, y tiene buen humor, y un sí es no es de socarrón. La conduce por los recovecos de la ciudad. La guía por su particular paraíso, como un remedo, lleno de bonhomía, de Beatriz, pues le facilita contemplar toda la cruz latina del paraíso. Se abren a su paso las puertas más cerradas, las de las sacristías, que son las murallas mejor protegidas, como bien sabe quien se va “por los pueblos”, pues es el Sacristán señor absoluto de todas las puertas de cualquier templo. Y de todas las llaves de la luz. El Director Bibliotecario tenía una cuidadosa y distante relación con el Sacristán. No con aquel del que habló el Pintor, sino con el eterno, el de siempre, pues cambiará su nombre, su carácter y su físico, pero no el Sacristán.

¡Este don Pablo, don Pablo Veneno! ¡Si se creará que no sé su historia...! La iglesia me sirve mucho... Sin estar yo aquí mi funeraria bajaría, bajaría bastante: la otra se me echaría encima. Así... que lo intente. Ya ve cómo van sus entierros: como a mí me da la gana. Entierros sin gracia. Hoy misa de difuntos... sin secuencia, yo no canto la secuencia, nunca la he cantado y tengo yo espolones para que venga este curilla a obligarme a cantarla. No la canto. Y si canto un pedazo será a la antigua, no como él quiera... ¡Cuántas modas me traen estos jovencitos! Conozco la vida, amiguitos, la conozco: ya vendrá el tío Paco con la rebaja. Todos empiezan con mucha santidad: santos vais a ser. Estáis listos.

Constató el Pintor el número detallado de suicidios. Le explicaron que cada vez que había uno, se movía viento. Se diría quizá mejor al revés, que cada vez que se movía viento, había un suicidio. Pozo, cuerda, cuerda, pozo. Como en el pueblo de Bernarda Alba, cada género lo suyo. Pozo para las mujeres, sogas y olivo para el varón. Tema de gran discusión fue entre amigos.

Y Castillo Puche, siguiendo la estela de los grandes analizadores de Yecla, dijo que en su pueblo las cosas eran así, que el yeclano buscaba la vertical de la cuerda, o la vertical del pozo, hacia dentro, hacia las entrañas del agua.

Un escritor yeclano, José Luis Castillo Puche, afirmó en un artículo de periódico que en Yecla se ahorca mucha gente. Decía poco más o menos, que con mucha frecuencia el campesino ata la cuerda a unas ramas y se suspende de ella. Los yeclanos se indignaron y uno le respondió en el mismo periódico poniéndole al buen José Luis que no había por dónde cogerlo. ¿Es verdad o es mentira el aserto del escritor? Hablando de esto con un sacerdote yeclano me decía, airado, que José Luis Castillo Puche habla de Yecla como si hablando de mí dijera: “El ojo de Manuel es de color oscuro”. Dice bien: yo tengo un ojo oscuro pero calla la existencia del otro ojo. Pudo decir: “Manuel tiene los ojos oscuros”. Según este sacerdote, Yecla tiene facetas que no han mirado los escritores, Azorín, Pío Baroja, Castillo. Lo cierto es que mientras los suicidas de Yecla no elijan el porrazo desde una torre o la estricnina, José Luis tiene razón aunque sólo sea en parte. Aquí se suicida la gente con una cuerda. La gente no: los hombres. Las mujeres se tiran a un pozo. En tres meses que yo vivo en Yecla dos hombres se han ahorcado.

Los amigos lo hablaron. Bella conversación que mantuvieron don Miguel, don Francisco y uno llamado Ortuño, que debió de ser de nombre Pascual, junto con el Pintor, mientras paseaban al atardecer por los campos que rodean Yecla. Ella ha dado un paseo también. Más allá de la nueva barriada en la que han puesto una calle al Pintor. Don Miguel la llevó casi de la mano, como si fuera aún la niña de la glorieta, con las enaguas almidonadas y ese vuelo de muerte por encima de dos cabezas infantiles. Dijo don Miguel: “He ahí la calle”, y hubo unas lágrimas interiores que el frío retuvo. El aire era cortante en Yecla. Pero más allá, por los campos y los sembrados, en las fincas recoletas cercadas de cipreses, no se entiende la negrura ni el misterio que dijeron algunos rodea a la ciudad. Y pensó ella, que había visto muchos carteles que invitan a la compra de viviendas, si no sería un buen lugar para vivir un tiempo. Tanto vio y tanto sintió, que no pudo entender la sogas ni el pozo. Los amigos, que al atardecer daban aquel mismo paseo, trataban de dilucidarlo. ¿Por qué? ¿Tuvo la suerte Yecla de ser mirada, o fue para ella una desgracia? El Pintor llama Joaquín a quien no tiene ese nombre, y desmiente al gran escritor norteamericano con el cambio de una sola letra.

Don Miguel.- He leído el libro de Joaquín. Hay cosas que me gustan y hay cosas que no. Nuestro pueblo quizá no sea tan terrible como él lo describe.

Don Francisco.- Él describe así al pueblo porque leyó obras de otros maestros en las que Yécera sale así de mal parada. Y tendréis que reconocer esto: Yécera es así.

El Pintor.- Yécera es así y así son tantos y tantos pueblos... Cuanto más apartados están nuestros pueblos de las buenas carreteras, de las vías de comunicación normales, tanto más terribles son. Asusta pensar en aldeas como Fuente del Sauce. Ni el más truculento escritor puede imaginar las terribles cosas que allí ocurren.

Ortuño.- Que en dos meses, o algo menos, haya habido en Yécera siete suicidios, es cosa de espanto. En esto tiene razón Joaquín. Pero quizá él no debió escribir esas cosas de su pueblo.

El Pintor.- Ocultar una enfermedad no es curarla.

Don Miguel.- Pero mientras otros escritores encontraron belleza en Yécera, en sus alrededores, él ve sólo un paisaje desolado y triste. Acaso esto es un reflejo de la misma amargura de su propio interior, de su alma.

El Pintor.- Nosotros vemos ahora mismo que Yécera es hermosa; así aparece ante nosotros. Estos oscuros verdes, esta plácida sombra... A ningún sitio podemos mirar en este momento que no ofrezca un bello espectáculo. El trigo aún por segar, esbelto como un muchacho; las casas de los labradores están rodeadas de altos frutales, de rosaledas...

Don Francisco.- Esto ya es bastante. Un olivo no pierde su forma, su verde grisáceo, porque un hombre necio se cuelgue de él.

Don Miguel.- ¡Un hombre necio! No todos los que se cuelgan son necios. Algunos son arrastrados a esta decisión por la usura de los que anidan en la ciudad. El hombre de la ciudad atrapa al campesino y hace de él lo que la araña con la mosca.

Don Francisco.- La usura mata a la ciudad y al campo. En los pueblos escondidos crece la usura como un mal sin remedio.

Pintor.- La naturaleza no rompe su armonía porque los hombres sean perversos o tontos.

La hija de Koki se acercó a ella. “No me conoces”, dijo. No podía conocerla. Ella estuvo, siendo muy pequeña, demasiado como para acordarse, en la boda de sus padres. “Mi padre está mayor, muy enfermo, igual que estaba el tuyo”. Igual que estaba el suyo, exactamente igual, antes de que se fuera del todo. Nada estaba igual. Koki ya no era el alegre Ciutti, gastando bromas en el escenario a los demás inocentes actores, ni se sentaba en el Café Español a la tertulia. Ya no había Café Español, y sus tertulianos eran convidados fantasmales que quedan entre las brumas, como el Comendador que se sienta a la mesa de don Juan. Todo se ha ido, todo ha cambiado. Si subiera al Castillo, vería que aquellos pinos jóvenes ya eran añosos pinos. Tienen más vida que las personas, pero ya son viejos sexagenarios.

Subo al castillo. Mediado el camino en zigzag, me siento a la sombra de un grupo de pinos jóvenes. Me gusta el sitio. Más arriba quizá sea todo el paisaje un gran plano tendido ante mí. Desde aquí, el horizonte salva a la iglesia mayor otro tanto de su altura y las veletas se dibujan sobre el gris ceniza de los árboles lejanos. Los simétricos cuadriláteros sembrados se encuentran entre sí y forman un solaje de listados verdes. Sobre el extenso

llano que a trechos descubre calvas de ocre rosado, se alzan acá y allá las manchas oscuras de grandes grupos de álamos, pinos y olmos. La ciudad está aquí, a la falda del Castillo, apiñada, compacta. Se alzan sus torres rojas, doradas, de cúpulas y remates brillantes. La iglesia vieja casi en ruinas está aquí donde acaban las casas, humildes, pequeñas; donde empiezan los pinos de un fresco verdor. Se ven retazos de fachadas azules, de azul intenso, de azul pálido; azules verdosos, amarillos, rojos... De los tejados pardos destacan las lomerías ocre claro. No hay más blancos que los de las lejanas, pequeñas casas de la vega. La iglesia vieja tiene una torre cuadrada de piedra que remata en una pirámide octogonal de ladrillo rojizo. Por el friso hay unas cabezas de ensortijados cabellos, con cascos guerreros, con turbantes, cabezas masculinas, cabezas femeninas. Bocas abiertas en grito o llanto doloroso. Cabezas descarnadas de ingenuos huesos sin aristas; blancas calaveras de misa de difuntos. Sobre la cabeza, el cornisón de grandes ménsulas con hojarasca casi barroca. Noble y fuerte ruina la de esta iglesia. Más abajo la Basílica nueva alza su teoría neoclásica rematada por la gigantesca cúpula de brillantes escamas a listas azules y blancas. El sol le da un vivo centelleo. Allí el colegio con su capilla aneja que tiene una espadaña humilde, blanca. El pueblo se aprieta casi rodeando esta altura. Se ciñe de azul y oro, a estas piedras grises que empiezan a verdecer con la pinada joven.

El cielo está limpio, sereno. Teñido de rosa sobre los azules violados de la Sierra de los Cuchillos, la más lejana de Santa Bárbara y las lomas rojizas, pardas, amarillentas. Del pueblo escapan, reptando entre los rectángulos verdes, entre las filas de árboles, entre los altozanos, la retorcida senda de los Jinetes, la carretera de Caudete y la de Almansa, que es una cuerda tendida entre el horizonte lejano y el compacto, oscuro grupo de álamos que toca los tapiales, los techos de aquellas casas que ya pasan la plana extensión de las tierras de labor.

Cae el sol y todo se va tiñendo de un oro más encendido. Los verdes son amarillentos. Aquellos montes lejanos se colorean de clarísimo carmín, de grises más azulencos. Tras estas rocas ensombrecidas todo el paisaje se confunde en una armonía anaranjada, rosa y levemente violeta. Estas ramas primeras de los pinos se recortan enérgicas, de un verde intenso, sobre la clara tenue porcelana del cielo. Se oyen las campanas pausadas, sonoras, graves. Más lejos una esquila tintinea inquieta, alegre: tira de la cuerda una monjita blanca, tímida. Los chiquillos vocean, juegan, se llaman desde arriba, a grandes distancias.

Antes de iniciar la subida al Castillo, ella ha visto por primera vez, con plena conciencia, la torre de la Iglesia Vieja. Extrañas cabezas que le parecían a punto de lanzar un grito, una voz quejumbrosa, un sollozo. Pervivían las cabezas en la ruina que se anunciaba en restauración. Don Miguel le ha entregado unos números de Arabí, aquella revista modesta de los años cincuenta, en la que los paseantes del atardecer y los contertulios del Café Español aportaban entusiasmo y conocimientos, además de unos gramos de buen humor. El Pintor escribía e ilustraba. Le ha dado, junto con los números sueltos de la revista, unos libricos. Bendita tierra en la que algunos libros son de trigo y miel. Con un librico, ella tomó el vino dulce de la tierra. En una de las revistas, había un escrito sobre las cabezas de la Iglesia Vieja, esas testas de piedra caliza que mantienen su particular

tertulia renacentista, atormentadas, gastadas por la lluvia del tiempo. Leyendo esa fantasmal conversación en un anochecer de tormenta, confirmó ella su intuición de que las cabezas de la Iglesia Vieja eran parlantes.

Capitelio.- Cuando el agua corre por vuestras cabezas espantadas y lloronas, amigos, vuestro llanto parece verdad. Si el pueblo de allá abajo os viera así. Parece que la gente no ha visto nuestros cascos ayudados por el agua y los relámpagos. No ha visto la tiara de nuestro pontífice refulgir. Las pelonas, al correr la lluvia por sus mundos cráneos, adquieren su mayor expresión.

Filósofo.- Al caer las gotas por nuestros cabellos reunidas en gruesos charcos hacen parecer a nuestras cabezas recién segadas del tronco.

Cardenal.- Tú, obispo gordo, pareces sudar. Cuida no se te blandee la mitra.

Obispo.- Vuestros rizos italianos parecen recién mojados. ¿De qué baño voluptuoso salís? Perdonad, monseñor, tenéis cara de tonto. Vuestros ojos están extraviados de escuchar al Aretino. Esta fresca lluvia os vendrá muy bien.

Capitelio.- La tormenta está hecha para nosotros. Me hacen reír esas ridículas edificaciones con pararrayos. Cualquiera de sus habitantes moriría de espanto viendo este gran fregado desde aquí.

Era obligado acercarse al edificio que es el Instituto Azorín. Se derribó el colegio, le dijeron, y sobre los cimientos construyeron este horrible edificio. No debió de ser mucho mejor el que tiraron. Entró al instituto. Había un cuadro, un gran lienzo que representaba a Santo Tomás de Aquino, en la sala de Profesores. Cuando don Miguel era director lo encargó al Pintor. Le dijo: “Píntalo gordo, que Santo Tomás era gordo”. Entró en la sala con un amigo que había encontrado. Incluso así, parecería que estuviera invadiendo un territorio donde ninguna persona extraña fuera grata. Permiso para fotografiar. Sí que era Santo Tomás un joven redondo y suave, según lo interpretó el Pintor, bajo el socarrón consejo del Profesor. Mucho antes de pintar las cerúleas carnalidades del santo, escribió el Pintor que con “unos amigos” fue a ver el colegio de los Escolapios. Era en 1953, y el entonces colegio de los Escolapios -no se podía olvidar, aquí estuvo Azorín estudiando- estaba en obras de reforma. Ella ha mirado el jardín que aún rodea el edificio y comprobado que la descripción que haría sería la misma que el Pintor hizo, y la misma que haría el Escritor. No se podría describir de otro modo. Entre “unos amigos” iba el futuro director del que luego sería el instituto, el mismo que encargó el cuadro del Escolástico. Un niño canta al piano. A otro, dulce y hermoso, el Padre Rector no le permite hacer los solos, aunque tiene mejor voz. ¿Por qué? El Pintor no lo explicó. Quedaron en el aire sugerencias de viejas rencillas, castigos al vencido, rechazos de la belleza. ¿Quién sabe nada sobre lo ya muerto, cuando las vidas son pequeñas y los destinos se

confunden con miles y miles de destinos más?

Dos amigos me invitan a visitar el colegio de los Escolapios. El amplio edificio, con espadaña a un lado, que recuerda las viejas ermitas, y gran fachada a otro, que recuerda las estaciones de ferrocarril de segunda categoría. Ante él se extiende un jardín cerrado con verja de hierros en forma de lanzas; redondas balsas de aguas verde, arcos de césped, árboles añosos, árboles jóvenes y bancos de piedra. Algunos muchachos con bata a listas blancas y azules estudian o pasean por las estrechas franjas de arena. En un rincón, un hombre de cabellos rubios, alborotados, y ojos verdes, habla con en voz baja con un niño de trece o catorce años que lloriquea. Del piso último del colegio bajan el sonido destemplado de un piano y la voz cambiante e insegura de un muchacho.

Don Miguel le contó divertidas anécdotas. Viejo sabio, de potente memoria, de inagotable energía. Un deje de melancolía le pudo ensombrecer la voz algún momento, pero luego reía, reía austeramente, y sonreía, también con seriedad de patricio romano. Estaba el Pintor en lo alto de sus andamios celestes. Por buen oficio del cura, podía tener allá arriba, cerca de toda su corte de santos, un tocadiscos pequeño. Se subía el Pintor unos discos de su gusto: romanzas italianas y arias de ópera. La gran Basílica, solitaria y retumbante. Desde abajo llegaba lejano el bel canto, quizás Mario Lanza con sus canciones napolitanas. Tres devotas entraron, como cada tarde, bien temprano, a la Basílica y quedaron extasiadas, más que santas místicas, con los cantos lejanos, allá arriba. Qué bien canta el Pintor. Ya no rezaron aquella tarde, sino que alabaron al Señor que con tantas gracias había adornado a ese hombre: mano para la pintura, que era una divinidad lo que estaba haciendo, buena voz para cantar. Cuando el Pintor descendió de su paraíso, las viejas devotas se hacían lenguas en alabanza de su canto. El Pintor no las sacó de su error, antes bien les dio las gracias modestamente y les rogó, con mucho secretismo, que no dijeran nada de aquello a nadie, pues si se sabía por la ciudad, la Basílica se llenaría de aficionados y curiosos que irían a escucharlo. Ellas prometieron que callarían aquel preciado secreto para no dar disgusto al Cura, que no iba a estar contento de ver su Basílica llena de gente a deshora. Cada tarde, las devotas iban a escuchar los cantos del Pintor. Habían cambiado su devoción por otra más mundana. Don Miguel terminó la anécdota y reía, reía austeramente, con los ojos brillantes de amistosos recuerdos. Ella lo acompañaba.

Yo encuentro paz en Yécerá, vuestro pueblo.

Quizá está conmigo, parada como un viejo reloj, en un momento que nos complació a ambos.

